

LA PLANTA SIN FLOR Y SIN NOMBRE

1º- 2º

Érase una vez una pequeña planta que vivía en un prado cerca de un bosque. Estaba siempre triste, pues cuando Dios la creó no le había dado nombre y nunca tenía flores. A veces en verano se estiraba hacia el sol con toda la fuerza que tenía con la intención de llegar hasta él y transformarse en flor. Pero cuando la tarde llegaba, comprobaba que nada había cambiado en ella, y volvía a entristecerse porque pensaba que nunca jamás tendría flores ni frutos como las otras plantas.

Desde hacía mucho tiempo vivía cerca de ella una pequeña piedra, redonda y pulida como un guijarro. Un día éste le preguntó:

-*¿No puedes alegrarte como yo cuando el sol me hace brillar o cuando la lluvia cambia mi aspecto?*

-*No”, dijo la plantita. “yo no soy un guijarro. Tú no puedes comprenderme. Estoy triste porque nunca he tenido una flor y porque nadie en el mundo me ha dado nombre.”*

-*Pues si tu quieres, puedo hacerme tu amigo para comprenderte mejor.”*

-*Sí quiero”, dijo la planta.*

Pero, he aquí que el pequeño guijarro quería tanto y tanto a la plantita que al cabo del tiempo también se puso triste. Un día de otoño hubo una gran tormenta. La fuerte lluvia hizo que el agua cayera por todas partes; entonces el pequeño guijarro rodó y rodó por una pendiente hasta llegar muy lejos, a un agujero tan profundo que llegaba hasta el fondo de la Tierra.

El pequeño guijarro quedó aturdido, luego miró lentamente alrededor suyo y se dio cuenta de que había caído en medio de un grupo de enanos. Empezó a pensar en su amiga la planta y se entristeció. Un enanito rojo que siempre se veía alegre se dio cuenta de ello y le preguntó:

-*¿Por qué estás siempre tan triste, pequeño guijarro?”*

-*Lloro porque mi pequeña planta llora.”*

-*¿Y por qué llora ella?*

-*Porque nunca llega a tener flores y nadie le puso un nombre”*

-*Ah, ya te comprendo”, dijo el enanito alegre. Y también se entristeció por el pequeño guijarro y por la pequeña planta.*

A menudo, cuando salía de paseo por el bosque, se sentaba sobre una piedra o sobre una gran seta y lloraba. Un viejito que vivía en ese bosque se le aproximó un día. Era un ermitaño, un hombre santo. Tenía ojos para ver a los enanos, elfos y gnomos.

-*¿Por qué lloras así, mi pequeño buen hombre?”, dijo el enano rojo.*

-*Lloro a causa de un amigo: el guijarro redondo”.*

“¿Y qué le ha pasado a tu amigo?

–“Está triste porque su amiga la planta no tiene flores ni nombre.”

–“¡Ah, muy bien!”, dijo el ermitaño. “Puesto que tú lloras a casa de esa pequeña planta, procuraré ayudarte. Subiré hasta la cima de la montaña para estar más cerca del cielo y hablaré con Dios y con sus Ángeles. Vuelve mañana a verme.

Al día siguiente, el ermitaño acogió al enano con una gran sonrisa.

–“Corre rápido hacia tu amigo el guijarro a anunciarle la buena nueva. Dios ha reservado a tu amiguita una alegría que ninguna planta ha tenido nunca”:

–“Florecerá en lo más profundo del invierno, cuando ninguna planta tenga flores ni hojas, y formará parte de un gran misterio”.

El enano dio las gracias al ermitaño y corrió tan deprisa como pudo a buscar al guijarro en su agujero. Los dos subieron seguidamente la pendiente en busca de la pequeña planta. Al encontrarla, decidieron descansar cerca de ella.

El guijarro la quería con todas sus fuerzas y el enano rojo la asistía, la regaba, aireaba la tierra a su alrededor. Poco a poco se fueron formando botones.

Y he aquí que la noche más larga del año llegó y una estrella maravillosa y desconocida apareció en el cielo. Tocó a la pequeña planta con sus rayos y entonces, desde sus hojas verdes, comenzaron a abrirse hermosas flores.

–“Quiero ir a ver a esa estrella”, dijo la planta. El enano rojo la tomó junto con el guijarro redondo y liso, y se dirigió hacia la estrella.

Llegaron así los tres junto a la cuna en donde el Niño Jesús acababa de nacer y se quedaron admirándole. María tendió su mano hacia la flor y dijo:

–“Acércate, pequeña rosa de navidad. Así te llamarás”.

Aportación de Rosa Méndez